

¿Es la verdad idéntica a la verdad?*

Fabio Morandín Ahuerma

Discurrir en el concepto de la «verdad» es hacer metafísica, no así sobre el acto de mentir. Ese nos estalla en el rostro. La verdad es inalcanzable como tal, es intuitiva, emotiva y obtusa ¿Dónde está la verdad? ¿En un estado anímico? ¿Es continuo, perenne, o inmediato y finito? Más aún: ¿La Verdad está en el ayuno, en el servicio devocional, en la hilaridad que llaman éxtasis? Bastante tiempo se puede invertir buscando la Verdad. Una verdad que acaba siendo más instrumental que cualquier otra.

La otra verdad, en minúsculas, es sólo una pretensión del lenguaje. Es narrativa, escurridiza y por momentos ininteligible. Cualidad de una expresión que *sí refiere al fenómeno* o que al menos eso pretende. Es tautológica por ser descriptiva de un enunciado que se auto-refiere, no es una cualidad de los hechos en tanto creencia justificada inversamente proporcional al número de evidencias. La reflexión sobre la verdad como atributo de las proposiciones o como revelación, es un discurso sobre discursos. Un meta-discurso al fin y al cabo.

La incertidumbre no significa por necesidad relativismo. En el aquí y en el ahora se puede hacer una reflexión de implicaciones prácticas en torno a la verdad. Cuando se es objeto del engaño no hace falta conocer la «anatomía de la verdad». Entre mentir y no mentir no hay subjetivismos. “Resulta imposible pensar que mentimos por accidente”, dice Gerardo Martínez Cristerna en su obra “El que miente al mentir”.

La idea de que la intencionalidad es la que define el concepto de la verdad es plausible. La mentira dolosa, consiente se utiliza con alevosía y ventaja, de ninguna manera es “piadosa”.

Aún así es válida la reflexión: ¿Se le debe dar a un paciente el diagnóstico “le quedan seis meses de vida”? ¿Hasta dónde se debe involucrar a los niños en el mundo de responsabilidades (y en las carencias emocionales) de los adultos? ¿Decirle al cónyuge “ya no te quiero, dame el divorcio” porque el ofuscamiento de la coyuntura inmediata obnubila la razón? Decir las cosas “como son”, sin tacto, puede en las relaciones interpersonales y afectivas significar un problema real: ¿Es un atributo “ser muy franco”, digamos por su formación religiosa o por su gentilicio o es una falta de mínima cordura y sensibilidad en las relaciones “golpear con las opiniones”?

La catarsis que produce un *mea culpa*, por ejemplo, no es para resarcir algún daño. El propósito es disminuir el nivel de malestar y sentido de remordimiento (que es el que mata) a quien la ha proferido. Pero también el engaño es una forma de ejercicio indebido del poder, es un ejercicio de poder violento en el que uno tiene información que hace privilegiada, mientras el otro no cuenta con todos los elementos para actuar y tomar una decisión ilustrada con respecto a... Se circunscribe a lo que el otro otorga pero finalmente es un *scrip* incompleto, inconexo. Es jugar ajedrez con alguna columna menos que el adversario sin siquiera saberlo.

«La verdad es un ejercicio individual y sobre todo de conciencia». Pero si la defensa argumentativa de un super-ego podría resultar débil porque «no siento remordimientos de conciencia al mentir», se puede apuntar a las consecuencias de esa mentira concreta.

¿Cuán válido es apelar a la responsabilidad social si la lucha interior personal es débil? Si aún no se supera el primer escaño de necesidades ¿Cómo

ascender en los peldaños más elevados, no digamos “oceánicas” sino simplemente interpersonales?

Sócrates se preguntaba cuál debía ser la actitud de los filósofos en la espera privada y en la espera pública con respecto a la polis. Es muy fácil circunscribirse a la introspección y llenar más anaqueles con teoría que se auto reproduce, se cita, se debate, pasa de moda y vuelve al anaquel hasta que alguien vuelve a citarla. Pero ¿Qué actitud debe tomar el filósofo frente a los problemas históricos? ¿Cuál es su participación en el ágora? ¿Hasta dónde se debe “corromper” a la juventud haciéndola pensar por sí misma? ¿Relativizando las leyes de los hombres? ¿Analizando su perfectibilidad?

Responde Raymond Aron: Si hacer teoría es hacer teoría crítica ¿Cuáles deben ser los alcances del análisis? Existe una confusión entre lo que hace el ideólogo y lo que hace un filósofo porque pareciera que ambos comprueban que “la verdad de este lado del Pirineo es un error al otro lado del mismo”. Pareciera que el filósofo es igual que el sofista porque relativiza las leyes de su propia ciudad pero, a diferencia del sofista, aspira a determinar cuáles son las mejores leyes para todos.

¿Es esto posible? ¿Está en condiciones el filósofo de determinar qué es lo mejor para todos? Nuestra respuesta es sí, en tanto realice un trabajo interdisciplinario, consensuado, enriquecido, en equipo. De lo contrario hará metadiscurso o dilucidará conceptos, nada más. «La pretensión del filósofo de detentar la verdad absoluta (...) constituye la raíz misma de la tiranía totalitaria», dice Aron.

La búsqueda de la idea se logra sólo a través de las luchas, no solamente ante la inmovilidad del dialogo eterno, pero ni la historia, ni la idea da derecho al filósofo a transfigurar un régimen y a maldecir a los demás, apunta Aron.

¿Es lo mismo caminar por la calle a favor de la paz o la seguridad pública que pedir el recuento de votos a favor de un partido que acepta y legitima los

resultados de una elección y rechaza los resultados de otra celebrada en la misma jornada?

La lucha no se da por “un proyecto de nación”. No. La lucha es política-económica. Se manifiesta, en gran medida, por el Presupuesto de Egresos de la Federación. Miles de millones de dólares que se multiplican por cuatro o por seis ejercicios fiscales. Contratos, partidas presupuestales, servicios generales, servicios personales, transferencias, adjudicaciones directas, nóminas, control sobre los comités de adquisiciones: eso es lo que está en juego.

Las ideologías políticas sólo están sirviendo para darle un sustento teórico que pretende legitimar, sin conseguirlo por sí sólo, a un proyecto económico único inmerso ineluctablemente en tendencias exógenas del mercado.

Entonces ¿Cuál es la responsabilidad social del pensador? ¿Debe justificar las leyes de la ciudad? ¿Debe relativizarlas? ¿Debe remitirlas a la existencia esencialmente buena? Aron opina que las tres cosas: a) Debe analizar las leyes; b) Considerar lo concreto de un tiempo y de un lugar, y c) No renunciar a buscar verdades perennes.

Si el pensador crítico debe decidir cuál es el mejor de los regímenes posibles se dará cuenta de que está imposibilitado para ello en tanto el trabajo de prospectiva no es sólo un trabajo crítico de fortaleza intelectual es un trabajo de participación interdisciplinaria en el manejo de variables y enfoques de diversos estanques interpretativos, desde diferentes “credos científicos”, sin renunciar al remanente empírico.

La discusión este-oeste no concluyó sino hasta que los hechos mismos estuvieron por encima de las ideologías. «Lo más que puede y debe afirmar el filósofo es que la historia, tomada globalmente, no se encuentra inserta en una dialéctica que asegure con anticipación la victoria de un partido y nos autorice a prever el desenlace», dice Aron y remata: «Hace falta una singular inconsciencia para ponerse en el sitio de Dios».

Se requiere mucha humildad y amor por las personas para descender a la cotidianeidad y resolver problemas concretos. Pero siempre asaltarán la duda: ¿Hasta dónde el filósofo debe involucrarse en la acción? Las circunstancias crean contradicciones entre los diversos deberes que el filósofo asume.

Si la filosofía es el diálogo de los medios y el fin, del relativismo y la búsqueda de certidumbres entonces el filósofo no puede estar condenado al solipsismo, luego entonces define Aron: «El filósofo es aquel que dialoga consigo mismo y con los demás para superar tanto al relativismo histórico como la infundada y frenética adhesión a una causa».

El problema más profundo de la verdad no radica en su estatus ontológico, aún en su estatus ético, sino en el práctico. El verdadero problema no radica en la verdad como tal como un concepto inmaculado, ininteligible. La “*búsqueda de la Verdad*” o “*las buenas conciencias que hablan con la verdad*”.

El analizar el acto de mentir a partir de sus implicaciones y no de *la cosa en sí*, es el principio que permite asumir la verdadera responsabilidad social del pensador crítico: Aniquilar el discurso que se vale de crear expectativas describiendo “realidades” inexistentes y sólo pretende “perpetuarse para que no se descubra su innecesaria existencia”.

Empoderar a los individuos para fortalecer su carácter deliberativo es la mejor manera de fortalecer y acrecentar sus márgenes de maniobrabilidad y de libertad creadora. *Sapere Aude*.

En conclusión discurrir en el concepto de la «verdad» significa analizar sus consecuencias axiológicas, no morales, el problema de la mentira, está en el daño que provoca, ni en la búsqueda de una Verdad absoluta ni en el *decir la verdad* aunque con esta dañemos más que lo que sanemos. El imperativo categórico no es lastimar a los demás con nuestras opiniones porque les hemos dado el adjetivo de “verdadero”.

Del que miente al mentir
Fabio Morandín Ahuerma

La verdad o falsedad no son atributos del Ser, sino del discurso.

* Presentación del libro *Del que miente al mentir de Gerardo Martínez Cristerna*. 16 de octubre de 2006, Auditorio Jesús Morales Fernández de la Unidad de Humanidades, Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver. México

BIBLIOGRAFÍA

ARON, RAYMOND.- Dimensiones de la Conciencia Histórica, Tecnos, Madrid, 1961.

ARON, RAYMOND.- Lecciones sobre la historia, FCE, México, 1996.

MARTÍNEZ CRISTERNA, GERARDO.-Del que miente al mentir, Hombre y Mundo, México, 2006.